

VÍCTOR
ALMAZÁN
SASHIMI DE RIÑÓN

teatro**auto**expres

VÍCTOR ALMAZÁN
SASHIMI DE RIÑÓN

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

SASHIMI DE RIÑÓN

Primera edición, 2019

© De *Sashimi de riñón*: Víctor Almazán

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2019

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño de cubierta: El Taller de GC.

Maquetación: José Luis de Hijes. Corrección: Marisa Barreno.

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

EDICIÓN PROMOCIONAL. PROHIBIDA SU VENTA

DL: M-2236-2019

Presentación

Reconozco que el tipo de teatro que representa *Sashimi de riñón*, con un planteamiento formalmente clásico y con una línea narrativa platónica, ya no se lleva. Y con razón. Triunfa el teatro en el que un señor desnudo se mete en una caja de cartón y declama con más o menos tino. No sé si con razón. Pero confieso que a mí la forma alejada del contenido no me interesa demasiado. Me interesan los personajes como el de Rosalía, la protagonista de *Sashimi de riñón*, una enfermera engañada por su novio que desata su ira no solo contra él, sino contra toda la cultura heteropatriarcal, tan milenaria como hay que desterrar.

Mi motivación para crear a Rosalía viene generada por la necesidad de mostrar un personaje femenino fuerte con el que puedan identificarse hombres, mujeres y ninis. Creo que la atroz realidad reclama la construcción de personajes femeninos alejados de tópicos, mojjigaterías burguesas y planteamientos políticamente correctos que los reducen a la carcasa o al arquetipo: desde la joven guapa y *un pelín boba*, a la madre amantísima y emocionalmente inestable, pasando por la profesional exigente pero sexualmente insatisfecha. Eso sí, todas con un denominador común: acaban enamorándose del don Juan Tenorio de turno.

Rosalía también se habría enamorado del Tenorio, por supuesto, pero, al contrario que doña Inés, al final del primer acto ya le habría cortado “la hombría” *en esta lejana orilla*. Y es que el personaje masculino de *Sashimi de riñón* es un donjuán al que se le han quitado pistolas, espuelas y cartucheras, y sin sus armas no es más que un machista tan ridículo como prescindible.

No podría estar filosofando acerca de *Sashimi de riñón* si el texto no hubiera sido galardonado en 2017 con el premio del II Certamen

Internacional de Textos Teatrales “Juan Luis Galiardo”; una obra que (cito) “fue elegida por el jurado por su originalidad argumental, su humor ácido e ingenioso y su gran capacidad de mantener al lector en continua tensión dramática”. Y no lo digo yo. Así que, puede que hasta sea verdad.

Sashimi de riñón

*Se estrenó en el Teatro Juan Luis Galiardo de San Roque, Cádiz,
el 31 de mayo de 2018*

Reparto

ROSALÍA

Adela Ledesma

MARIO

Roberto Collado

SUSANA

Amalia Herrera

DIRECCIÓN

Roberto Collado

Ficha técnica

DRAMATURGIA

Roberto Collado

ESPACIO ESCÉNICO

Teatro Juan Luis Galiardo

ESCENOGRAFÍA, VESTUARIO Y ATREZZO

Universidad Popular

DISEÑO DE ILUMINACIÓN Y SONIDO

Juan Mena

Producción: Ayuntamiento de San Roque

Obra ganadora del II Certamen Internacional de Textos Teatrales
“Juan Luis Galiardo”

ESCENA 1

CUADRO 1

Un apartamento modesto, pequeño, con una puerta lateral a una habitación y la puerta de entrada cerca de una pequeña cocina americana; dos sillas, un sofá, una mesita. Rosalía y Mario —ella, de unos 39 años; él, algo mayor— terminan de llenar una caja con diferentes objetos: ropa, cd, dvd, una botella, libros, un juego de cuchillos de sushi, unas esposas sexuales acolchadas, cepillo de dientes, una bufanda larga... El ambiente es tenso, como sus gestos. Él parece algo más conciliador, pero el rostro de ella, molesto, impenetrable, cargado de tristeza e ira le hace ser cuidadoso con sus comentarios.

MARIO.— Resulta extraño que los siete últimos años de mi vida puedan caber en una caja.

Sonríe, conciliador, buscando los ojos de ella, que lo evitan.

Qué gran metáfora. *(Burlón, recitando)* Mi vida es una caja repleta de trastos inútiles, un nicho en el que reposan las cenizas de una vida que se aleja...

Observa a Rosalía, dedicada a meter cosas en la caja. Intenta romper la tensión, pero ella no se inmuta.

(Serio) Nunca pensé que lo nuestro podía terminar así después de tanto tiempo. Se me hace raro. ¿A ti no?

Aguarda la respuesta de ella, que no llega, y se impacienta.

¿No vas a decir nada?

Mario roza la mano de Rosalía y ella la aparta con brusquedad, explosiva, mirándolo por primera vez a los ojos, furiosa.

ROSALÍA.— ¡Que eres un hijo de puta!

MARIO.— (*Sarcástico*) Bueno, algo es algo.

ROSALÍA.— ¿Por qué haces eso?

MARIO.— Eso, ¿el qué?

ROSALÍA.— Eso. Tomártelo a broma. ¡Siempre tienes que tomarte todo a broma!

MARIO.— Supongo que será mi manera de afrontar los problemas.

ROSALÍA.— Manera inmadura.

MARIO.— O positiva. Depende. Ya no tiene sentido que nos peleemos o nos gritemos o nos tiremos los trastos a la cabeza... (*Mira la caja, divertido*) No habría mucho que tirar... La verdad es que, a pesar de todo lo que ha ocurrido, tengo que agradecerte lo racional que has sido y que no hayas perdido los nervios. Eso es muy buena señal, teniendo en cuenta tu...

ROSALÍA.— Para ya, Mario, por favor. Estás a punto de cagarla.

Mario asiente. Rosalía levanta la caja y se la pone en los brazos antes de acercarse a la puerta y abrirla, y le invita a salir con un gesto. Él, comprensivo, se dirige a la puerta, ante la que se detiene.

MARIO.— ¿Me dejo algo?

Mario la mira, tratando de dilatar el momento. Rosalía aparta la mirada y busca alrededor; descubre una carpeta.

ROSALÍA.— Espera.

Se acerca a cogerla y ordena los papeles que lleva en su interior ojeándolos con cierto cariño, relajándose, nostálgica.

Tus poemas.

MARIO.— ¡Oh! ¡Mi obra, qué olvido! ¡Mi vida! Otra ironía que añadir a la despedida. Puedes quedártelos, tengo copia de seguridad de todos. Aunque la poesía pierde calidez cuando existe una copia de seguridad. ¡Qué gran frase! Debería apuntarla...

Rosalía lee con atención un poema y no puede contener las lágrimas. Mario se inclina y descubre cuál es.

(Recita, tarareando) Una fiesta de disfraces, tres de la mañana. Conversaciones banales, otra mascarada... Fue el primero que te escribí.

ROSALÍA.— Me encantaba que les pusieras música y me los cantaras.

MARIO.— Quédatelo. Por favor. *(Conciliador)* Y no hables de mí en pasado. Espera a que haya atravesado esa puerta. Cuando digo atravesar, no lo digo literalmente.

Rosalía mete la carpeta en la caja y se guarda con disimulo el poema; no puede hablar, emocionada, pero lo invita a marcharse con un gesto enérgico.

Hey... No puedo dejarte así...

Mario roza la cara de Rosalía con una caricia y ella se deja consolar por un instante.

ROSALÍA.— Estoy bien, Mario, estoy bien.

MARIO.— ¿De verdad?

Ella asiente y fuerza una sonrisa tranquilizadora.

Mejor así.

Se miran, sonrían. Mario hace un tímido intento de besarla y, al ver que no lo rechaza, se decide y la besa en la mejilla.

Adiós.

Se despiden con gestos amistosos, aunque tensos. Mario sale despacio.

ROSALÍA.— ¿Desde cuándo me pones los cuernos?

MARIO.— No te hagas esto, Rosalía. ¿Para qué?

ROSALÍA.— Por saber. Ya que nos despedimos así, como dos viejos amigos... No sé. Por saber. ¿Desde cuándo me los pones?

MARIO.— No lo digas así, Rosalía, por favor.

ROSALÍA.— Como quieras. ¿Desde cuándo...?

Rosalía imita unos cuernos con la mano. Su gesto hace sonreír a Mario, relajando el ambiente.

CUADRO 2

MARIO.— No fue algo planificado, te lo aseguro, pero cuando tuviste lo de tu... tu problema, para mí no fue fácil y...

ROSALÍA.— ¿Por qué te andas por las ramas? Mi *problema* se llama Trastorno Explosivo Intermitente y lo tengo superado. ¡¡Supera-

dísimo!! (*Enojada*) Más que tú, por lo que veo, que ni te atreves a mencionarlo. ¿O no crees que haya superado mi “problema”?

Mario asiente enérgico.

(*Con ira*) El psiquiatra tenía razón: (*cita*) mi predisposición impulsiva a la violencia se ha correlacionado con un bajo índice de niveles cerebrales de serotonina. (*Fin de la cita*) ¡ZAS! ¡Superado!

Mario asiente con miedo. Mientras él habla, ella queda pensativa, extrañada.

MARIO.— Reconoce que para mí tampoco fue fácil. Tú ingresada, haciéndote pruebas, te tenían como un zombi...

ROSALÍA.— UNA zombi.

MARIO.— ... y yo intentaba estar ahí siempre, a tu lado, pero había días que necesitaba que alguien me echara también una mano: cada día me costaba más lucir una sonrisa de oreja a oreja en aquel maldito hospital. Un día me llamó... una amiga, en fin, y yo solo necesitaba hablar, desconectar de todo. Fuimos a cenar a aquel japonés. Llevaba siglos sin comer sushi. Para mí fue como una terapia, un recreo mental...

ROSALÍA.— Espera... ¿Cuándo...? ¿Todo esto pasó cuando me ingresaron por aquel brote? ¡Hace cuatro años de eso! ¡¿Llevas CUATRO años poniéndome los cuernos?!

MARIO.— No... no hace falta definirlo así...

ROSALÍA.— ¿Y cómo lo *defino*?

MARIO.— He tratado de ser fiel...

ROSALÍA.— (*Interrumpe*) ¡Qué manera tan curiosa de ser fiel!

MARIO.— ... De ser fiel a mí mismo. Ahora solo intento ser honesto contigo.

ROSALÍA.— Bla bla bla. Cuernos, cuernos, cuernos. ¿O cómo lo definiría el gran poeta?

MARIO.— Crisis emocional transitoria. Soy un ser humano, no un monstruo.

ROSALÍA.— ¿Crisis emocional transitoria? ¡Perfecto! ¡Concedido! ¡Cuatro años de *crisis emocional transitoria* y me entero ahora! Si no llego a ver esos mensajitos, la *crisis emocional transitoria* de cuánto habría sido, ¿de cinco, de ocho años? (*Airada*) ¡Hasta el cese temporal de la convivencia de la puta infanta resulta más creíble, Mario!

MARIO.— (*Da un paso atrás, asustado*) ... ¿Has tomado la gabapentina?

ROSALÍA.— No me trates como si fuera una demente.

MARIO.— ¿Y la carmabazepina?

ROSALÍA.— (*Cantarina*) Te estás pasaaando.

MARIO.— ¿Te las has tomado o no?

ROSALÍA.— Si eso es lo que te preocupa, sí, me las he tomado. Y el litio. ¡¡Y también un puto descafeinado con sacarina!! Todo. (*Calmada*) Gracias por tu interés.

MARIO.— Tranquilízate, Rosalía...

ROSALÍA.— Odio ese tono, como si estuvieras hablando con una loca de atar. El único que tiene un *problema* eres tú y encima quieres hacerme a mí responsable de él: como yo no estaba disponible, tuviste que buscarte a otra porque el señor era incapaz de mantener la

polla dentro de los pantalones. ¡Pobrecito! ¡Pero, claro, el problema de que esa pollita no pudiera quedarse en su nido es mío!

Pasea y declama como un fiscal.

¡Yo soy la culpable, señorita! ¡Él es la víctima! ¡Adán es un machote y Eva una zorra! ¡Caso sobreseído!

MARIO.— Lo estábamos llevando muy bien. Pero creo que será mejor que me vaya.

ROSALÍA.— ¿Ahora tienes prisa?

CUADRO 3

Rosalía, cada vez más furiosa y desencajada, cierra la puerta dejando a Mario dentro, que interpone la caja a modo de escudo entre ambos.

ROSALÍA.— Por lo menos, ya que estamos hablando de MI problema, ten la decencia de decirme quién es ella.

MARIO.— Eso es innecesario y lo sabes.

ROSALÍA.— Si no me lo dices, es porque la conozco.

MARIO.— Rosalía...

ROSALÍA.— *(Teatral)* ¿Es mi madre? ¿Te estás tirando a mi madre?

MARIO.— *(Ofendido)* No tengo por qué aguantar esto.

Mario hace ademán de salir, pero ella se lo impide cerrando la puerta de golpe.

ROSALÍA.— (*Mordaz*) No, claro, mi madre no puede ser porque está muerta. Si crees que te vas a ir así...

MARIO.— (*Molesto, se encara con Rosalía*) ¿Así cómo? Me echas a la calle con mis cosas en una caja, como si en vez de cortar conmigo me estuvieras despidiendo por no haber hecho bien mi trabajo. Bastante humillante es esto ya como para encima tener que aguantar tus locuras.

ROSALÍA.— (*Reflexiva*) Locuras... ¡Te vas con la cabeza bien alta y con todas tus cosas! ¿Y sabes de lo que me doy cuenta? De que eso es todo lo que has puesto en nuestra relación durante estos siete años: tu cara bonita, Mario. Yo he puesto mi casa, mi dinero, mi trabajo, mi ilusión y mi vida. Y tú te has aprovechado de todo. ¿Qué has aportado tú? Nada. Y me has quitado lo poco que tenía: la ilusión, las ganas de vivir... Hasta mis ahorros.

MARIO.— (*Amenazante*) No te consiento que vayas por ahí.

ROSALÍA.— ¿Por qué no? ¿No es cierto? Has estado viviendo a mi costa todos estos años.

MARIO.— El sueldo de un poeta no da para mucho, ya lo sabías.

ROSALÍA.— Sí, pero tengo la sensación de que has estado chupándome la sangre, como un parásito, aprovechándote de mí hasta el último momento, y ahora te largas sin más. ¡Devuélveme mis siete años! ¡Devuélveme mi corazón! ¡Devuélveme mi vida!

MARIO.— (*Mira condescendiente a Rosalía y sacude la cabeza*) Me tratas como si fuera tu chulo.

ROSALÍA.— Has vivido en mi casa sin pagar luz ni agua ni alquiler ni comida y me has podido follar cuando te apetecía. Eres lo más parecido a un chulo que hay por aquí.

MARIO.— ¿De verdad te has tomado la medicación?

ROSALÍA.— Qué pedazo de cabrón eres. ¿Acaso es una tontería lo que te pido? He mantenido una gran mentira y ahora qué me queda. ¡Devuélvemelo todo!

MARIO.— Tú no estás bien, Rosalía.

ROSALÍA.— ¡Pues vale, de acuerdo! ¡No estoy bien! ¡Tengo un *problema*! ¡Estoy loca! ¡Más que Juana la Loca! ¡Perfecto! (*Amenazante*) Pero quiero que me lo devuelvas todo.

CUADRO 4

MARIO.— Me... me voy.

Amedrentado ante la mirada colérica de Rosalía, Mario trata de salir, pero ella mete la mano en la caja y saca los dvd.

ROSALÍA.— ¡Estos los pagué yo, con mi dinero!

MARIO.— Me los regalaste.

ROSALÍA.— Los pagué yo y se quedan aquí, no te vas a llevar nada. (*Vuelve a meter la mano en la caja y coge las esposas*)

MARIO.— ¿Qué coño estás haciendo?

ROSALÍA.— La bufanda también la pagué yo. ¡Las esposas también las pagué yo! Son la gran metáfora de nuestra relación, ¿verdad, García Márquez? Y no pienso dejar que las uses con tu amiguita.

MARIO.— (*Pedante, borde*) García Márquez no era poeta.

ROSALÍA.— (*Mete la mano en la caja y va sacando objetos, que deja caer al suelo*) ¡Esto también lo pagué yo! ¡Y esto! ¡Y esto! ¡La caja

también es mía! ¡Todo es mío, cabrón! ¡Tú no has aportado nada a esta relación! ¡NADA! ¡Quiero que me lo devuelvas todo! ¡Mi vida! ¡TODO! ¡TODO!

Forcejean hasta que él se ve obligado a soltar la caja, que cae al suelo. Mario monta en cólera, ofendido. Rosalía se queda con la botella de vino en la mano.

MARIO.— ¡Putá pirada de los cojones! ¡Deberías haberme pagado un sueldo solo por aguantarte! ¡Mírate! Tienes un problema, tía. Estás loca. ¡Loca! ¡Que te jodan!

Mario se gira hacia la puerta dispuesto a irse y Rosalía explota, incontrolada, golpeándole en la cabeza con la botella.

¡Uh!

Mario cae al suelo semiinconsciente. Rosalía, fuera de sí, lo sienta a horcajadas en la silla cara al respaldo, sobre el que Mario apoya la cabeza mientras ella rezonga en retahíla:

ROSALÍA.— No te vas a llevar nada más. Nada. Nada. Me lo has quitado todo, pero no te vas a reír más de mí. Quiero que me devuelvas todo... lo que te he dado.

Utiliza las esposas para sujetarle los brazos a la espalda e inmovilizarlo. Aprovecha la bufanda para atarle también los pies a las patas de la silla, de manera que no se pueda levantar.

ESCENA 2

CUADRO 1

Mario recobra la consciencia y trata de moverse: no puede.

MARIO.— ¡Hmmpf! P... pero qué... ¿Qué estás haciendo? Esto se te está yendo de las manos...

ROSALÍA.— Quiero que me devuelvas todo lo que yo te he dado. Todo. Quiero hasta los zapatos que te compré... *(Se los quita)*... Y la camisa. *(Comienza a quitársela)*

MARIO.— Para, por favor, esto es absurdo.

ROSALÍA.— ... ¡Y los pantalones!

MARIO.— ¡Los pantalones me los compró mi madre!

ROSALÍA.— Es verdad. Se me olvidaba que también la chuleabas a ella.

MARIO.— Suéltame, Rosalía.

ROSALÍA.— *(Inquietante)* Cuando me lo devuelvas TODO.

MARIO.— ¡¿Pero qué más quieres que te devuelva, joder?!

ROSALÍA.— *(Pausa)* El riñón.

MARIO.— ¿E... el riñón?

ROSALÍA.— MI RIÑÓN.

MARIO.— ¿Cómo que tu riñón? Rosalía, por favor.

ROSALÍA.— Quiero mi riñón, el que te doné. ¿O acaso se te ha olvidado ya? No pienso dejar que te vayas a follar a otra con mi riñón.

MARIO.— *(Enojado)* ¡Yo no follo con los riñones!

ROSALÍA.— *(Hiriente)* Sí, no hace falta que lo jures.

MARIO.— *(Grita)* ¡Por favor! *(Calmado)* Rosalía, deja que me vaya.

ROSALÍA.— *(Comprueba las esposas)* Tenías razón, Mario, la metáfora de las esposas cobra más fuerza que nunca.

MARIO.— ¡Rosalía! ¡Suéltame o...!

ROSALÍA.— ¿O qué?

Rosalía muestra a Mario uno de los cuchillos de sushi. Él enmudece. Ella camina alrededor de él empuñando el cuchillo.

Parece mentira que tengas tan mala memoria, amor mío. Voy a contarte una preciosa historia de amor. Tú puedes seguir ahí sentado, como si estuvieras en un microteatro. Hace siete años, tres meses y un día, apareció por el centro de diálisis un hombre que parecía diferente a todos. Tenía algo especial: su mirada, su forma de hablar, tan cultivada, su manera de dirigirse a las enfermeras, sobre todo a una de ellas, la más tonta, que no pudo evitar enamorarse como una boba de ese tipo que resultó ser un poeta y, tres días por semana, mientras pasaba interminables horas enganchado a la máquina de diálisis, le leía unos poemas fabulosos, cargaditos de amor

y optimismo, y así surgió todo, como en un cuento de hadas, pero, en vez de “en un lugar muy lejano”, en la puta seguridad social. (*Infantil*) La enfermera boba esperaba cada día al poeta y cada día se enamoraba un poquito más de él y de sus versos, al tiempo que lo compadecía, pues, a pesar de ser tan joven, el pobre poeta se veía obligado a pasar por aquella tortura de la diálisis. De los versos pasaron a los besos, oh, y de los besos pasaron al amor. Al menos ella, por supuesto. Es como en *Cuando Harry encontró a Sally*, pero con diálisis y sin orgasmos fingidos en una cafetería.

MARIO.— (*Aparte*) Es más bien como en *Misery*...

ROSALÍA.— Aquella enfermera boba se lo llevó a casa, igual que si se hubiera llevado un gatito desvalido. Se hizo las pruebas de compatibilidad y, bingo, resultaron positivas. Compatibles para donar órganos y compatibles en el horóscopo, ambos con ascendencia Tauro. A pesar de que llevaban muy poco tiempo juntos, la enfermera boba adelgazó veinte kilos en solo tres meses —gracias, doctor Dukan—, sacrificándose como nunca antes lo había hecho para que el riñón que iba a donar a su amado, amadísimo, estuviera lo más sano posible. ¡Qué bonito! Ella se sacrifica para que su amor pueda escapar de la prisión de la diálisis. ¡La enfermera boba le dona uno de sus riñones al poeta! ¡Oh, el amor! Y, gracias a ella, el poeta se convierte en una persona normal, que hace vida normal y que pone los cuernos con normalidad a la enfermera boba. Y colorín, colorado... ¿Te ha gustado el cuento?

MARIO.— Se me están empezando a dormir los brazos, Rosalía, vale ya con todo esto, te lo pido.

ROSALÍA.— ¡Pero la historia no acaba ahí! ¡No! (*Cuentacuentos*) Cuando la enfermera boba se da cuenta de que ha sido víctima de una *crisis emocional transitoria*, ella decide recuperar todo lo que ha aportado a la relación: ¡incluido su riñón!

MARIO.— Vale, como escarmiento ya está bien. Lo asumo. Te pido perdón. Y, por supuesto, te estaré eternamente agradecido por que

me donaras tu riñón para poder vivir. Pero eso no tiene nada que ver con nuestra situación actual ni con lo que sucedió ni...

ROSALÍA.— ¡Exacto! ¡No tiene que ver! Tú por tu lado y yo, por el mío. Pero quiero MI YO AL COMPLETO. No sería YO si una parte de mí —léase un riñón— se fuera contigo. Así que, es muy sencillo, quiero todo lo que es mío, todo lo que me has quitado. Y, por supuesto, quiero mi riñón. Tú eliges, por las buenas o por las malas. Con anestesia o sin.

MARIO.— (*Iracundo, forcejea*) ¡Ya está bien! ¡Suéltame!

Rosalía lo reprende chasqueando la lengua, como si fuera un niño, le levanta la camiseta a la altura de los riñones y apoya la punta del cuchillo en su espalda. Mario chilla asustado.

ROSALÍA.— (*Sádica*) Si te mueves... me estropearás el riñón. ¿Cuál de los dos era? Ah, sí, qué bobo, el de la cicatriz. Es tan fácil que parece que diga: corte-por-la-línea-de-puntos. Ja ja ja.

MARIO.— (*Llora desvalido, impotente*) Está bien... Tú ganas... T... te devolveré el riñón, Rosalía, te lo juro, pero, por favor, no lo hagas tú. Sabes que si me cortas moriré desangrado y, si consiguieras quitarme el riñón, tendrías que cortar antes la uretra y levantar la última costilla... ¡y aquí no hay suficiente luz! Si de verdad quieres recuperar tu riñón, llévame a un hospital y que me operen allí, te lo suplico.

CUADRO 2

Rosalía, confundida, se detiene.

ROSALÍA.— En cuanto te soltara, no te volvería a ver. Ni a ti ni al riñón. ¿Piensas que soy idiota, Mario? Qué pregunta, claro que lo

piensas, ¡si no, no me habrías puesto la *crisis emocional transitoria* en forma de *prótesis ósea craneal*!

MARIO.— ¿Crees que yo lo estoy pasando bien? ¡Todo esto me está matando! Y no lo digo solo por estar aquí atado a punto de me extirpes el riñón con un cuchillo de sushi. Pero precisamente por eso sé por lo que estás pasando, y por eso te pido que... nos demos otra oportunidad, Rosalía. Lo nuestro no tiene por qué acabar cortando por lo sano. (*Piensa*) Tú ya me entiendes. ¡Nuestra relación puede incluso salir reforzada después de una crisis así!

ROSALÍA.— Por supuesto, un día miraremos atrás, nos reiremos, ja ja ja, y veremos este momento como otro *cese temporal de la convivencia*. ¡Cuánto daño han hecho los Borbones a las excusas baratas! No, Mario, no te creo. Me encantaría hacerlo, pero no puedo. Quiero que me devuelvas todo lo que me has quitado, empezando por mi riñón.

Rosalía no parece tan convencida. Mario la busca con la mirada y comienza a canturrear unos versos, que parecen aplacar a Rosalía, ensimismada al oírlos.

MARIO.— (*Canta*) Una fiesta de disfraces, tres de la mañana / Conversaciones banales, otra mascarada / Hablamos, pues me confundiste con otra persona / Bailamos, pues me convenciste al sacar tu pistola...

Rosalía, amansada, se une a la canción.

ROSALÍA Y MARIO.— (*Cantando*) Lo sabía, lo sabía, eras mi príncipe azul, mi confidente, mi Adán, mi costilla. Lo sabía, lo sabía, lo sabía... Que eras tú, Rosalía.

ROSALÍA.— (*Se tapa las orejas, nerviosa*) ¡Calla! ¡Calla!

MARIO.— (*Camelante, meloso*) Fue el primero de los poemas que te escribí al que le puse música. No solo me enamoraste, sino que

fuieste la musa de este humilde poeta. Mi Calíope. Y lo sigues siendo. Si tú quieres, Rosalía, podemos volver a serlo. Para siempre.

ROSALÍA.— No sé, no sé, no sé. Estoy tan confundida. Será porque hoy no me he tomado la medicación para mi *problema*.

MARIO.— No lo llates así, amor, no seas tan injusta contigo misma. Es un trastorno explosivo intermitente de lo más común. Te exiges demasiado.

ROSALÍA.— ¿Tú crees?

MARIO.— Por supuesto. (*Tararera el estribillo de la canción*) Lo sabía, hmmm, hmmm...

ROSALÍA.— A lo mejor podemos darnos una oportunidad...

MARIO.— Claro, mi vida. (*Sigue tarareando*) Hmm, hmm...

ROSALÍA.— ... Y olvidar todo esto...

MARIO.— Exacto. (*Sigue tarareando*) Hmmm...

ROSALÍA.— ... Y volver a ser felices...

MARIO.— ¡Seremos felices! (*Tararea*) Hmmm. Libérame, cielo, y te estarás liberando a ti misma. Amén. Hmmm, hmmm.

ROSALÍA.— ... Sí. Debería tomar mi medicación, ¿verdad?

MARIO.— La tomaremos juntos, cariño. (*Tararea*) Hmmm. Quítame las esposas, mi vida. Hmmm...

Rosalía se enjuga las lágrimas, deja el cuchillo y comienza a forcejear con las esposas, para alivio de Mario, que parece dar gracias al cielo. Rosalía se detiene y asoma la cabeza por encima del hombro de Mario, que se sobresalta.

CUADRO 3

ROSALÍA.— ¿Qué suena?

MARIO.— ¿Qué?

ROSALÍA.— Tu móvil. Vibra.

MARIO.— Ni caso. Tú abre ahí. *(Tararea mal)*

ROSALÍA.— A lo mejor es importante.

Rosalía saca el teléfono móvil de Mario de uno de sus bolsillos; mira la pantalla, pulsa un botón y se lo pone en la oreja.

MARIO.— *(Al teléfono)* H... hola... (...) N... no puedo hablar ahora...
Me pillas liadísimo...

ROSALÍA.— ¿Qué mudanza, qué dice de que te está esperando abajo?...

Rosalía, extrañada, se lleva el teléfono a la oreja y escucha, con pasmo.

(Al teléfono) ¿Susana? ¿Eres tú? ¡¿SUSANA?!

MARIO.— ¡Socorro! ¡Me mata! ¡Llama a la p...!

Rosalía golpea a Mario con el codo.

ROSALÍA.— *(A Mario)* Susana... Mi amiga Susana... Mi mejor amiga, Susana... Te está esperando para hacer la mudanza... Por eso no me querías decir quién era ella... Susi... Mi mejor amiga... Susi... Ahora lo entiendo todo: cada vez que te ibas a comer sushi en realidad te ibas a comer a Susi... Qué buena clave, como sabes que odio el sushi... Y pensar que había vuelto a confiar en ti, que había vuelto a creerte... Susi... Sushi... *(Mira el teléfono)* ¡Vuelve a llamar!

Le pone el cuchillo en el cuello.

Si abres la boca, te corto la lengua. (*Responde a la llamada, con aparente normalidad*) Susana... Se ha cortado de golpe (...) Sí, Susi, lo sé, lo sé todo... Jamás me esperé esto de ti, pero Mario y yo hemos hablado como personas racionales, adultas y equilibradas, y hemos decidido darnos una segunda oportunidad (...) No, no va a salir de aquí, se queda conmigo... Para siempre.

Cuelga y observa a Mario con frialdad. Él se estremece de miedo.

MARIO.— Rosalía, escúchame...

ROSALÍA.— Ya te he escuchado demasiado, Mario.

Saca el poema —el papel—, lo arruga y se lo mete a la fuerza a Mario en la boca. Parece calmada, fría.

Ahora vamos a hacer separación de bienes. Tú te quedas con tus poemas y con tu sushi, y yo me quedo con mi riñón. Es lo justo.

MARIO.— ¡Gmmmpffff!

ROSALÍA.— Eso, tararea, mi amor, tararea. (*Canta*) Lo sabía, lo sabía, que eras tú, Rosalía... Hmmm, hmmm.

CUADRO 4

Rosalía coge el cuchillo, le levanta la camiseta desde detrás y corta, describiendo un tajo de 20 centímetros desde la última costilla de Mario, que se estremece de dolor, grita, ahogado, y forcejea mientras ella, tarareando la canción, mete los dedos en la herida y se abre paso en la espalda de Mario sin alterar su gesto tranqui-

lo. Mario, tras sacudirse, horrorizado, pierde el conocimiento y deja caer la cabeza sobre el respaldo de la silla.

ROSALÍA.— Susi, sushi, Susi. Odio el sushi. Yo soy más de sashimi.

Con un gesto triunfal, levanta el brazo ensangrentado y contempla el riñón sanguinolento que sostiene en la mano.

¡Mi riñón! ¡MI PRECIOSO RIÑONCITO! Cuánto te he echado de menos... ¿A que sí, chiquitín? ¿Eh?

El teléfono móvil, en el suelo, atrae su atención de nuevo. Se agacha y lo recoge. Descuelga y se lo lleva a la oreja con una mano mientras pasea con el riñón en la otra.

¿Susana? Soy yo, Rosalía. (...) Ya, ya sé, no te preocupes, nuestra amistad no puede echarse a perder por algo así, ya lo sé... (...) Pues claro que soy comprensiva. ¿Por quién me tomas, por una loca explosiva capaz de hacer cualquier burrada? ¡Bum! ¡Ja ja ja! Somos adultos y resolvemos las cosas... como adultos... (...) Está todo hablado y todo resuelto, sí... ¡Pero no llores, mujer! Pobrecita mía... Esto no ha sido culpa de nadie... Cualquiera tiene un fallo (*aparte*) de cuatro años... (...) ¡Claro que seguimos siendo amigas! Precisamente de eso quería hablarte.

Se detiene, calculadora, inquietante, enloquecida, jugueteando con el riñón.

¿Te acuerdas de cuando estábamos en la facultad, del accidente aquel tan grave que tuviste? (...) ¡Eso, el de las fiestas de aquel pueblo! Perdiste muchísima sangre y solo yo era donante universal y me sacaron sangre dos veces y... (...) Ya, ya sé que te salvé la vida y todo eso. Estaba pensando que no tienes por qué esperar a Mario ahí abajo, en el coche. Sube. (...) ¡Claro, sube, sushi! Te espero.

Cuelga y observa el móvil con una expresión sádica, irracional. Lo deja en el suelo, coge el cuchillo, lo mira un instante y le habla al filo.

Quiero que tú también me devuelvas todo lo que es mío.

Ríe demente y, tarareando la melodía de la canción, arrastra la silla en la que se encuentra desmayado Mario; lo mete en una habitación y cierra la puerta. La escena se oscurece.

ESCENA 3

CUADRO 1

La escena se ilumina. Rosalía agarra el riñón y lo deposita en un plato de la cocina. Con el mismo cuchillo lo trocea en láminas y lo oculta bajo un paño. Tras esto, mira el salón y limpia la sangre antes de lavarse las manos y atusarse el pelo ante el espejo. El timbre de la puerta suena. No hace caso, sigue acicalándose. Vuelve a sonar el timbre.

ROSALÍA.— ¡Voy! Voy, voy...

Abre la puerta y al otro lado se encuentra Susana, atractiva treintaera, que observa con recelo a Rosalía.

¡Susi! ¡Bienvenida, pasa!

Susana no entra, mira con miedo al interior, abrazada a su bolso como si se tratara de un escudo.

SUSANA.— ¿Y... Mario?

ROSALÍA.— ¿Qué Mario?

SUSANA.— ¿C... cómo qué...?

ROSALÍA.— ¡Que es broma, mema! ¡Pasa, que no pasa nada, pasa!

SUSANA.— Todo esto es muy raro, Rosalía.

ROSALÍA.— Y si sigues en la puerta, más.

SUSANA.— Yo...

ROSALÍA.— (*Enojada*) ¡Pasa, cojones!

Tira del brazo a Susana, que entra en el apartamento obligada.

Lo que te cuesta entrar en mi casa y lo poco que te costó meterte en mi cama, ¿eh? (*Cierra de un portazo y echa la llave*).

SUSANA.— ¡¡No, no, no!! A ver... Me dijiste que estaba todo hablado... Y yo así no puedo... No soy como tú, Rosalía. Estas cosas...

ROSALÍA.— Anda, boba, que era una broma. Pues claro que está todo hablado. ¡Y claro que no eres como yo! Tú eres mucho más bella, una mujer más completa, más...

SUSANA.— Rosalía, por favor. ¡Esto es muy incómodo, de verdad! Tu relación con Mario no acabó porque fueras más o menos bella o...

ROSALÍA.— Pero si lo digo literalmente. La belleza de una persona está en el interior, y tu interior es más bello y completo que el mío, ¡porque a mí me falta un riñón! (*Ríe*)

SUSANA.— ¿Eh? ¡Ah!

ROSALÍA.— También me falta un tornillo, pensarás.

SUSANA.— ¡Para nada!

ROSALÍA.— (*Imita*) *Para nada*. Qué *majérrima* eres. Por algo has sido siempre mi mejor amiga. Y las amigas lo comparten todo. Hasta el novio si hace falta.

SUSANA.— Rosalía, por favor, no vayas por ahí, te lo ruego.

ROSALÍA.— El humor es terapéutico. Te lo digo yo, que me he pasado años entre terapeutas argentinos que tenían la gracia en el orto. Anda, deja el bolsito.

SUSANA.— Si nos vamos ya. ¿Y Mario?

ROSALÍA.— Mario ha salido a por unas cajas. Tenía más cosas aquí de las que pensaba, ya ves.

SUSANA.— Pues no le he visto salir.

ROSALÍA.— Es como un camaleón, cuando quiere. Se mimetiza con las piedras si hace falta. Ya te darás cuenta, ya. ¡Hasta con las piedras de riñón se mimetiza también! (Ríe)

Susana la mira sin comprender y trata de reír, nerviosa, por quedar bien. Rosalía se pone seria de repente y la observa con severidad.

¿Te hace gracia?

SUSANA.— (Paralizada) Eh...

ROSALÍA.— Eso está bien, mujer. Anda, trae el bolso, que pareces una terrorista suicida.

Le quita el bolso de un tirón y lo arroja sin miramientos al sillón.

¡Bum! ¿Te imaginas que explota? La cara que iban a poner los vecinos cuando vinieran los de la tele: “era una chica muy normal, nunca sospeché nada”. (Ríe)

Susana no sabe qué hacer con las manos y se cruza de brazos.

Ay... Si no fuera por estos momentos, ¿verdad?

SUSANA.— Ya...

ROSALÍA.— ¡Pero qué desastre de anfitriona soy! ¡Siéntate!

SUSANA.— Estoy bien así...

ROSALÍA.— (*Amenazante*) Que te sientes.

SUSANA.— (*Obedece*) Me siento.

CUADRO 2

Rosalía y Susana se sientan en el sofá.

ROSALÍA.— ¿A que es mullidito?

SUSANA.— Muy bonito.

ROSALÍA.— Bonito no es, es feo de cojones. Qué curioso que tengamos los mismos gustos en hombres y no en *sofases*.

SUSANA.— Muy mullidito, digo.

ROSALÍA.— Qué te pongo. ¿Una cervecita? ¿Un té?

SUSANA.— Nada, nada.

ROSALÍA.— Pues si nadas, agüita para las dos.

Escancia agua desde una botella a dos vasos que se encuentran en la mesita.

Es el vaso de Mario. Imagino que no te importará compartirlo...
El vaso, digo.

SUSANA.— Claro...

ROSALÍA.— Así me ahorro un vaso para fregar. Tiempo que gano para mis cositas.

SUSANA.— Sí, qué importante el tiempo... Por cierto, está tardando mucho, ¿no?

ROSALÍA.— Mujer, es Mario, se lo toma todo con calma. Tú, que te lo has tirado, ya lo sabrás.

SUSANA.— Eh... Ya... Sí... No... Vamos...

ROSALÍA.— ¿Un picoteo? No me digas que no.

Susana abre los brazos, sin poder negarse.

Esa es mi chica.

Rosalía se levanta y se dirige a la cocina. Coge el plato en el que está el riñón laminado como si fuera sashimi japonés.

La de veces que hemos estado así, tomando algo, hablando de chicos, de desamores... La amistad es algo que debería estar por encima de cualquier otra cosa. Los hombres vienen y van. El amor también. Hasta los órganos vitales vienen y van si eres donante. (Ríe) Pero la amistad... ¡Eso es *pa siempre!* *Forever and ever.*

Regresa al sofá con el plato de sashimi de riñón en una mano y dos pares de palillos de madera. Deposita el plato en la mesa. Susana lo observa horrorizada, asqueada.

¿Amigas?

SUSANA.— (Asiente sin fuerza) A... amigas...

ROSALÍA.— Pues come, amiguita del alma.

SUSANA.— ¿Eso qué es?

ROSALÍA.— Mi cena. Que comparto contigo porque somos AMIGAS. Parecemos *Toy Story* versión adúltera: *hay un amigo en mí...*

SUSANA.— Yo es que no tengo mucha hambre.

ROSALÍA.— Me dijo Mario que te encantaba la comida japonesa. El sushi, el sashimi... Esto es sashimi de primera. Fresco, fresco.

SUSANA.— (*Asqueada*) Qué pintaza...

ROSALÍA.— Come.

SUSANA.— Yo...

ROSALÍA.— ¿No pensarás despreciármelo?

Finge golpearla y Susana se cubre la cara, asustada.

Es broma, mujer. Este sashimi me lo estoy “quitando” para compartirlo con mi mejor amiga. No me hagas un feo. (*Imperativa*) ¡Come!

Tiende a Susana un par de palillos de madera. Susana los coge y trata de colocarlos entre los dedos, pero el temblor de la mano le impide sujetarlos correctamente.

Veo que no llevas bien lo de tu párkinson.

SUSANA.— Es que yo con los palillitos como que no como bien.

ROSALÍA.— (*Mientras coloca los palillos entre los dedos a Susana*) Este lo apoyas en el dedo corazón y este en el dedo riñón. (*Ríe*) ¡Era una broma! Siempre me llamó la atención que este se llamara corazón y los otros dedos no tuvieran nombres de órganos: el

dedo pulmón, el dedo riñón, el dedo, yo qué sé, el dedo clítoris, por afinidad...

SUSANA.— Cómo eres, Rosalía.

ROSALÍA.— ¡Ah, si mi psiquiatra te contara! Pero no puede porque se suicidó. Debería haber ido a un psiquiatra, siempre se lo dije. Pobre pelotudo.

Ríe. Susana, intimidada, se une a ella forzando una carcajada.

Vale. Tenemos palillos, tenemos bocas, tenemos sashimi y tenemos tiempo hasta que Mario consiga esas puñeteras cajas de cartón. Come. *Just eat.*

Susana hace ademán de agarrar un pedazo de sashimi con los palillos, pero se detiene. Rosalía la anima con un gesto y Susana pinza una loncha de riñón, que levanta en el aire y observa con aprensión.

SUSANA.— ¿Fresco, eh?

ROSALÍA.— Recién pescado.

SUSANA.— Qué suerte.

ROSALÍA.— Pruébalo, AMIGA.

SUSANA.— *(Se gira hacia la puerta de entrada)* ¡Huy! Creo que ha llegado Mario.

ROSALÍA.— No ha llegado... Del todo. Cómetelo o me lo tomaré como una ofensa personal. Y te advierto que hoy no me he tomado la medicación. Trastorno *big bang* tictac tictac tictac. Ya sabes...

Lanza una mirada intimidatoria a Susana, que se lleva despacio la loncha a la boca y comienza a masticarla, sin disimular su asco.

Ahí, ahí, disfrutando, no disimules. ¿Rico?

Susana niega con la cabeza.

SUSANA.— *(Mientras niega con la cabeza)* Mu... cho...

ROSALÍA.— Me alegro. Me ha costado lo mío conseguirlo, no te creas. Venga, traga.

SUSANA.— *(Hace un gran esfuerzo por tragar y finalmente lo consigue. Resopla)* Uf. Muy... rico. ¡Y alimenta! Vamos, que estoy llena.

ROSALÍA.— Esto se come sin hambre, mujer. Otro poquito.

SUSANA.— ¿Tú no comes?

ROSALÍA.— Yo tengo que cuidar la línea. No estoy tan buenorra como tú.

SUSANA.— No digas eso, Rosalía, estás muy bien.

ROSALÍA.— ¿Crees que estoy buena?

SUSANA.— Pues claro.

ROSALÍA.— Gracias, Susi. Qué expresión más curiosa: estar buena. Es como saber bien. Como si dijéramos que alguien está bueno porque te has comido un trozo de él. Muy caníbal, ¿no crees?

SUSANA.— Supongo.

ROSALÍA.— Come.

SUSANA.— ¿Más?

ROSALÍA.— Insisto.

CUADRO 3

Susana coge otra loncha de sashimi y se la mete en la boca, masticando con desagrado.

SUSANA.— ¿Seguro que es sashimi? Me sabe como a filete de vaca.

ROSALÍA.— *(Ofendida)* ¿Me estás llamando gorda?

SUSANA.— ¿Qué?

ROSALÍA.— Nada, cosas más, ya sabes que estoy como un cencerro. Cencerro de vaca, por eso.

SUSANA.— Pero tiene su puntito, no te creas. *(Coge otro trozo y lo come sin miramientos, como si le gustara)* ¿Sashimi de qué exactamente?

ROSALÍA.— ¿A que no lo adivinas?

SUSANA.— Dame una pista.

ROSALÍA.— Parecido al besugo pero mucho más idiota.

SUSANA.— Como me digas que es de delfín me da algo.

ROSALÍA.— Caliente, caliente, es de un mamón... ¡Mamífero!

SUSANA.— ¿Un mamífero? Pues no hay tantos en el mar. Descartado el delfín... ¿Sashimi de ballena?

ROSALÍA.— Caliente, pero no.

SUSANA.— Pues no quedan tantos. ¿Sashimi de foca? Mira que poto...

ROSALÍA.— De foca... ¿Pero tú por quién me has tomado? ¿Por una salvaje?

SUSANA.— Chica, no sé...*(Devora el último trozo)* Al final me lo acabo.

ROSALÍA.— Es que esto se come sin hambre.

SUSANA.— *(Eructa)* Huy. Perdón.

ROSALÍA.— Tranquila, mujer. Buena señal. Bebe un buchito, anda.

Susana bebe.

Otra pista. Es sashimi de riñón.

SUSANA.— Sashimi de riñón... Qué raro... ¿De un manatí?

ROSALÍA.— *(Camina alrededor del sofá mientras habla)* ¡Casi te quemas! ¡Huy!

SUSANA.— ¿Qué?

ROSALÍA.— He tenido como un *déjà-vu* de esos. Mi padre... Pobrecito mío. Mi padre era un celoso de los buenos. O de los malos, según se mire. Cuando estaba mosqueado con mi madre, me subía en sus piernas y me contaba un cuento, siempre el mismo puto cuento. En realidad no me lo contaba a mí, se lo contaba a mi madre en plan amenaza, pero era tan sutil el hijoputa que consiguió traumatizarme para toda la vida.

Susana mira el reloj y Rosalía se da cuenta.

¿No te interesa lo que te estoy contando?

SUSANA.— No es eso, es que tendría que cambiar el tique del coche...

ROSALÍA.— Escúchame, Susi, que te lo cuento por algo.

SUSANA.— Ya, pero... Me van a multar... *(Mira de nuevo el reloj de pulsera)* Se me pasa el tiempo.

ROSALÍA.— Y a mí el arroz y no me quejo.

SUSANA.— Pero si no pongo un...

ROSALÍA.— El tiempo es relativo, Susana. Ya lo dijo el loco de los pelos de punta.

SUSANA.— Einstein...

ROSALÍA.— Punset.

Susana no puede evitar mirar otra vez el reloj.

Por cierto, ¡no me había fijado! Qué preciosidad de reloj.

SUSANA.— Es un regalo.

ROSALÍA.— ¿De quién?

SUSANA.— De... Un amigo.

ROSALÍA.— A verlo...

Susana estira el brazo y Rosalía le arranca el reloj de un tirón.

SUSANA.— ¡Au! ¿Qué haces?

ROSALÍA.— *(Se acerca a la ventana y tira el reloj a la calle)* ¿Que qué hago? Un jeroglífico. Se titula “el tiempo vuela”. *(Imita la trayectoria del reloj con la mano)* Y ahora que ya tengo toda tu atención, continuo. ¿Por dónde iba? Ah, sí, el cabrón de mi padre me sentaba en sus rodillas y levantando bien la voz empezaba a contarme aquel cuento que hacía que me pasara soñando cosas raras toda la noche, después toda la infancia y después, toda mi puta vida.

Se sienta en el sofá e invita con una palmada a Susana a que lo haga sobre sus rodillas.

Vamos a hacerlo bien. Siéntate. Tú harás de mí de pequeñita y yo haré de mi padre.

SUSANA.— Oye, creo que esto ya...

ROSALÍA.— ¡Que te sientes, cojones!

Susana obedece.

Buena chica. Me ha salido el papá que llevo dentro.

Rosalía imposita la voz para hablar como un hombre.

(Habla como hombre) Érase una vez, hace mucho mucho tiempo, allá por la Edad Media, un conde que tenía un castillo y tierras y sirvientes se levantó una mañana para ir a cazar ciervos dejando a su esposa, la condesa, tan tranquila quitando el polvo al castillo. Pero después de cazar dos o tres jabalíes y un ciervo de hermosa cornamenta, el conde se encontró con un marqués que le dio una mala noticia: la condesa aprovechaba su ausencia para beneficiarse a uno de los mozos de cuadra. El conde volvió, interrogó al mozo y este lo confesó todo. ¿Crees que lo perdonó por ello, Rosalía? Pues no. Lo mató y le arrancó el corazón allí mismo. Fuera de sí, llamó a uno de los cocineros del castillo y le pidió que cocinara el corazón como si fuera una de las viandas principales del menú. Así, el conde dio una sorpresa a la condesa adúltera: “Te he preparado tu plato favorito, esposa mía”, le dijo. “Cómelo”. La mujer, sin sospechar que bajo la apetitosa apariencia del plato se hallaba el corazón de su amante, se lo comió chupándose los dedos mientras el conde le preguntaba si sabía qué clase de animal estaba devorando. Cuando la mujer terminó de comer, el conde le dijo que lo que acababa de comerse era el corazón de su amante. ¿Qué crees que hizo ella?

SUSANA.— No sé, Rosalía. Es una historia horrible. Tengo miedo. Me quiero ir a casa a... recurrir la multa.

ROSALÍA.— Coño, di algo, que me lo estoy currando. ¿Qué crees que hizo la condesa?

SUSANA.— Pues, no sé, ¿potar y morirse? Por ese orden.

ROSALÍA.— *(Con voz de hombre)* Nunca aciertas, Rosaliíta, y mira que te lo he contado veces. La condesa, muy digna, dijo que era lo más rico que había probado nunca; que después de que el corazón de su amante hubiera pasado por su boca ya nada sería digno de ella, y anunció al conde que nunca volvería a probar bocado. Y no lo hizo, copón, nunca más comió. La condesa murió de hambre pero sin arrepentirse de lo que había hecho. Fin.

Dale un besito a papá...

SUSANA.— ¡Vale ya!

CUADRO 4

Susana se levanta y busca el bolso.

ROSALÍA.— Cómo te pones, hija mía.

SUSANA.— ¡No puedo más! Dile a Mario cuando vuelva que me llame. O que se busque un taxi, o lo que le dé la gana.

Trata de coger el bolso, pero Rosalía lo agarra con fuerza.

¿Qué haces? Es mi bolso. Suelta.

ROSALÍA.— Cuando hayas escuchado el final del cuento.

SUSANA.— ¿Pero no terminaba con la condesa muriendo de hambre?

ROSALÍA.— Sí, pero dicen que los cuentos no son más que la expresión literaria de sucesos reales que han trascendido en forma de leyenda. ¡Huy, qué pedante me he puesto! Eso es culpa del poeta nuestro, seguro.

SUSANA.— Bueno, pues cómo narices termina el cuento.

ROSALÍA.— Mira, Susanita, el cuento termina así. Rosalía recuperó lo que era suyo y se lo dio de comer en forma de *sashimi* a la amante, aquella que dijo ser su mejor amiga, quien lo devoró con gusto sin saber que era el riñón de su querido y amado... Mario.

Silencio. Ambas, aferradas cada una a un asa del bolso, se miran en silencio. Susana tiembla mientras comprende lo que acaba de revelarle Rosalía. Susana mira el plato vacío.

SUSANA.— No...

ROSALÍA.— Ya te digo a lo que sabía el riñón: a divina justicia.

SUSANA.— No...

ROSALÍA.— La venganza es un plato que se sirve frío, como el sashimi.

SUSANA.— ¡Estás loca!

ROSALÍA.— ¿Quién no lo está, con tanta contaminación y tanto *reality show* en la tele?

SUSANA.— ¡Puta zumbada! ¡Me has hecho comer el riñón de Mario!

ROSALÍA.— ¡Que también era MI riñón!

Susana escupe al suelo.

Oye, que eso lo tengo que limpiar yo. Además, reconoce que te gustaba.

SUSANA.— ¡Pero qué bestialidad me has obligado a hacer!

ROSALÍA.— Tampoco es para tanto. Al fin y al cabo eres católica y te comes a tu dios en cada misa. Tómatelo como... ¡Eso! ¡Como una hostia!

SUSANA.— (*Sonríe*) No... No me lo creo. Nadie está tan loco. Y para hacer algo así antes tendrías que haber...

Rosalía suelta el asa del bolso y Susana cae al suelo. Rosalía camina rápido hasta la puerta de la habitación y la abre: Susana mira al interior, aterrorizada. Le fallan las piernas y cae al suelo.

¡Mario! ¡Mario! ¿Qué te han hecho?

Susana se limpia la boca. Escupe. Asqueada.

¿Qué has hecho? ¡¡Estás loca!! ¡¡¡Loca!!!

ROSALÍA.— (*La imita*) *Loca, loca...* Qué original, guapa. Y colorín colorado, el cuento del riñón se ha acabado. (*Imita una ovación*) ¡Ehhh!

Susana se levanta, trastabillándose. Intenta llegar a la puerta de salida. Rosalía se lanza tras ella y la coge por los pelos cuando estaba a punto de abrir. Ambas forcejean y caen al suelo, pero Rosalía es más fuerte y consigue reducirla.

Ahora estamos en paz, AMIGA. Tú te comiste mi corazón y ahora te has comido el riñón que Mario y yo compartíamos.

SUSANA.— ¿A ti te parece medio normal?

ROSALÍA.— A mí me habéis jodido la vida, ya nada me parece normal.

SUSANA.— ¡Le has quitado su único riñón! ¡Has matado a Mario!

ROSALÍA.— La vida está sobrevalorada.

SUSANA.— (*Se retuerce y escapa hacia el sofá, cogiendo los palillos chinos de encima de la mesa, esgrimiéndolos como si de un arma se tratara*) La mía no, te lo aseguro.

ROSALÍA.— Ya, la mía tampoco, me refería a la de los demás. ¿Qué psiquiatra me enseñó eso? Ah, sí, George uve doble Bush.

Se acerca y coge los otros palillos. Ambas quedan enfrentadas. Susana mantiene las distancias girando alrededor del sofá mientras busca en el bolso con desesperación.

¿Buscas esto?

Enseña el teléfono móvil a Susana, que lo mira con desolación. Rosalía lo suelta y lo pisa varias veces.

SUSANA.— ¡No!

ROSALÍA.— (*Con voz de teleoperadora*) El teléfono que pisa se encuentra apagado o fuera de cobertura.

SUSANA.— Déjame salir.

ROSALÍA.— Vienes a mi casa, te follas a mi novio, te comes mi riñón, el bueno, y ¿te quieres ir así, sin más?

SUSANA.— ¿Qué quieres de mí?

ROSALÍA.— Que me devuelvas todo lo que te has llevado.

SUSANA.— Lo que quieras. Pero déjame salir, por favor.

ROSALÍA.— La sangre que te doné cuando el accidente.

SUSANA.— Necesitas ayuda, Rosalía. Mi padre conoce un médico que...

ROSALÍA.— Dame tu sangre.

SUSANA.— Cuando me baje la regla te llamo.

ROSALÍA.— *(Abre la boca de par en par, entre sorprendida y divertida)*
Vale. Si prefieres hacerlo por las malas...

SUSANA.— No me vas a hacer lo que le has hecho a Mario. Si me matas, te mato yo a ti antes.

ROSALÍA.— Eso no tiene sentido, Susi.

SUSANA.— Nada lo tiene.

ROSALÍA.— Eso es cierto. Entonces, no me dejas otra opción...

Rosalía salta por encima del sofá intentando clavar los palillos en la cara de Susana, que evita la embestida con agilidad y lanza una estocada a Rosalía, que la detiene. Forcejean: Susana trata de clavarle los palillos en los ojos a Rosalía, recostada en el sofá.

SUSANA.— Puta pirada...

ROSALÍA.— Zorra traidora...

SUSANA.— Chalada...

ROSALÍA.— Anoréxica...

SUSANA.— Choni poligonera...

ROSALÍA.— Antropófaga...

Durante el forcejeo, Rosalía y Susana caen detrás del sofá. En el último momento se liberan y se atacan furiosas con los palillos, clavándose los mutuamente.

¡Muere!

SUSANA.— ¡Muere tú!

Gritan de dolor y caen, fuera de la vista del espectador.

ROSALÍA Y SUSANA.— ¡Ahhh!

La luz de la escena se desvanece hasta quedar a oscuras. Telón.

ESCENA 4

Cambio de escenografía: una habitación blanca y aséptica, en penumbra, sin muebles, salvo tres camastros ocupados por tres figuras. Parece una habitación de hospital.

CUADRO 1

La figura que ocupa la cama de la izquierda se mueve, se despierta y se incorpora con dificultad, jadeando. Se trata de Mario. Viste con una bata de hospital y parece muy débil.

MARIO.— ¿D... dónde...? ¡Uh! Mierda...

Se sienta en la cama y, con mucho cuidado, se pone de pie. Se mira el costado (el riñón).

¿Estoy vivo? Si esto es el cielo, se parece mucho a la seguridad social. (Vocea) ¿Oiga?

ROSALÍA.— Buenos días, poeta.

Mario se gira sobresaltado al oír la voz de Rosalía, que se incorpora en la cama central.

No te molestes. En el cambio de turno se lo toman con calma. Falta de personal, ya sabes.

MARIO.— ¿Rosalía? Hija de la gran puta...

ROSALÍA.— Yo también me alegro de verte, amor. Dame un besito.

MARIO.— ¿Qué está pasando aquí?

ROSALÍA.— Los recortes, ya ves, no había habitaciones y nos han metido a los tres en la misma hasta que termine la investigación.

MARIO.— ¿Qué investigación? ¡Si me has extirpado el riñón!

ROSALÍA.— Qué exagerado. Un cortecito de nada, Mario, por favor.

MARIO.— ¿Y Susana?

ROSALÍA.— ¿La canibal? Le encantó nuestro riñón, que lo sepas. Ah, y luego la maté.

MARIO.— ¿Qué?

ROSALÍA.— Que la maté. ¿Te han extirpado el riñón o el tímpano?

MARIO.— ¡Maldita!

ROSALÍA.— (*Imitándolo*) ¡*Maldita!*

MARIO.— ¡Dime que no es cierto!

ROSALÍA.— Pues claro que no es cierto. Y mira que lo intenté, no te creas. Pero la mosquita muerta se defendió mejor que tú, nenaza. Con decirte que casi me mata ella a mí... ¿No te doy penita, Mario, eh?

MARIO.— ¿Dónde está...?

ROSALÍA.— Ahí, joder, que estás tonto.

Rosalía señala con la cabeza. Mario camina dando pasitos cortos hacia la tercera cama.

MARIO.— ¿Y nos meten a los tres en la misma habitación? ¿En este país ya nadie tiene dos dedos de frente o qué?

ROSALÍA.— Tómatelo como una licencia teatral.

MARIO.— ¿Qué coño dices?

ROSALÍA.— Que eres un cabrón con suerte, Mario.

MARIO.— Cállate.

ROSALÍA.— Lo digo en serio. Vuelves a tener riñón, y el de ahora de más calidad.

Mario se palpa la venda sobre los riñones.

MARIO.— ¿Tengo... riñón?

ROSALÍA.— Tienes una suerte de la leche. Si yo fuera tú, echaría unos Euromillones en cuanto me dieran el alta.

MARIO.— ¿He tenido un donante? ¿Q... quién?

ROSALÍA.— Como estabas a punto de palmarla, hicieron unas pruebas a los que estábamos más a mano y resulta que tu Susanita era la única compatible, mejorando lo presente. Te vas a convertir en un experto en quitarles órganos vitales a tus mujeres.

MARIO.— Susana...

ROSALÍA.— Qué simbólico todo.

MARIO.— Susi...

ROSALÍA.— Ahí la tienes. Más maja. Pero no te fíes demasiado, estuvo a punto de matarme con unos palillos chinos.

MARIO.— ¿Co... cómo sabes todo eso?

ROSALÍA.— Yo me hago la dormida y los médicos son unos bocas.

Mario acaricia la frente de Susana, dormida.

MARIO.— Susana...

ROSALÍA.— ¿Me hacercas la cuña? Me meo.

MARIO.— Déjame en paz.

ROSALÍA.— Lo digo en serio. Desde que te doné mi riñón me cuesta contenerme. Me lo debes. Además, no puedo hacerlo sola.

Rosalía agita los brazos: los tiene atados a la cama.

MARIO.— Me alegro. No pienso ponerte la cuña.

ROSALÍA.— Ohhhh...

MARIO.— ¿Qué?

ROSALÍA.— Nada, ya nada. Van a tener que cambiarme las sábanas por tu culpa.

MARIO.— ¿Qué le has hecho? Como le hayas hecho algo...

ROSALÍA.— ¿Qué, valiente? Te pones muy gallito cuando estoy atada. Aunque recuerdo que eso te ponía bastante. Ten cuidado que, con esa batita, como tengas una erección se te va a notar.

MARIO.— Eres una enferma mental.

ROSALÍA.— O a lo mejor con tu micropene no se notaba tanto.

Mario ignora a Rosalía y acaricia a Susana, que despierta.

MARIO.— Hola, mi amor...

ROSALÍA.— Hola.

MARIO.— (A Rosalía) ¡Que te calles!

ROSALÍA.— Perdona. Pensaba que era a mí. La costumbre, ya ves.

Mario besa a Susana, que lo reconoce y se incorpora en la cama.

SUSANA.— ¡Mario!

ROSALÍA.— Empalagosos, si os vais a dar besitos me quitáis las muñequeras y me largo, que me va a subir el azúcar.

MARIO.— ¿Estás bien?

Mario señala una venda que cubre el cuello de Susana.

SUSANA.— No es nada. Me clavó unos palillos...

ROSALÍA.— Tú también me los clavaste a mí, perdona.

MARIO.— ¿Nos quieres dejar en paz?

ROSALÍA.— Oye, que esto es culpa de los recortes, si no, tendríamos una habitación para cada uno, con un negro abanicando y todo.

MARIO.— (A Susana) ¿Es verdad que me donaste un riñón?

SUSANA.— Te encontraron muy debilitado. Habías perdido mucha sangre y tenías una infección de caballo. Sin un riñón habrías muerto seguro y...

MARIO.— ¡Oh, mi amor!

Solloza en el regazo de Susana, que lo acaricia.

Te debo la vida.

ROSALÍA.— Parecéis una canción de Bisbal.

MARIO.— Ou...

SUSANA.— ¿Qué te pasa?

MARIO.— N... nada. Un mareo.

SUSANA.— Siéntate, no te caigas, Mario, ven.

Mario se sienta en la cama y se tumba junto a Susana.

¿Mejor?

Mario asiente.

ROSALÍA.— Ne-na-za.

SUSANA.— No le hagas caso, mi amor. Nos van a cambiar de habitación, a ella la meterán en la cárcel y podremos ser felices.

ROSALÍA.— Y comieron perdices y sashimi.

SUSANA.— Te voy a meter un calcetín en la boca.

ROSALÍA.— Hazlo. Pero antes te voy a llamar ingenua. Y boba. ¿No ves que te está haciendo lo mismo que me hizo a mí? Ya tiene tu riñón. Luego, tu casa, tus ahorros, tu vida...

SUSANA.— (*Enamorada*) Y mi corazón.

ROSALÍA.— ¡Agh! Por favor, no seas cursi, Susanita. Ese tío que tienes ahí es el mayor egoísta y estafador de la historia. Se va a aprovechar de ti como se aprovechó de mí. Te va a chupar la sangre como una garrapata y, cuando no te quede una gota en el cuerpo, se buscará otra perra a la que parasitar. Recuerda que todavía estaba conmigo cuando empezó a camelarte.

SUSANA.— A mí no me camela nadie. Me contó cómo perdiste la cabeza, cómo estallabas a la mínima, cómo era imposible convivir contigo, y aun así siguió a tu lado para ayudarte. Muy pocos hombres harían algo así.

ROSALÍA.— Para vivir del cuento. Te recuerdo que no ha pegado un palo al agua en su vida.

MARIO.— Soy un poeta. Trabajo pensando. Nadie le reprocharía a Lorca que no trabajara de peón.

ROSALÍA.— A Lorca lo fusilaron por vago. Eso es lo que pone en los libros de texto de la Logse.

MARIO.— A ti sí que habría que fusilarte.

ROSALÍA.— Violencia machista. ¿A que te denuncio?

SUSANA.— (*A Mario*) No hables con ella, es como hablar con la niña de *El exorcista*.

ROSALÍA.— ¡Gracias por lo de niña!

MARIO.— Esto es una pesadilla. Encima se cachondea. ¿Te haces a la idea de lo que he tenido que aguantar?

SUSANA.— La van a encerrar para siempre, no sufras más, mi amor.

Susana besa a Mario.

ROSALÍA.— Qué bonito. Nosotros también nos besábamos. Incluso me componía versos y canciones. ¿A ti también te ha compuesto algo, Susanita?

MARIO.— No le respondas, como si no existiera.

ROSALÍA.— Cuidado, Susanita, que la garrapata ya se te ha subido a la chepa y no la vas a poder despegar.

SUSANA.— ¡Mira, zumbada!

MARIO.— ¡Ignórala!

SUSANA.— Tienes razón.

ROSALÍA.— Eso. (*Canta con estridencia*) ¡¡¡Naná, uh, naná, naná, uh, naná!!!

SUSANA.— Lo del calcetín en la boca no era mala idea del todo.

MARIO.— Tienes razón...

Mario se levanta con dificultad, jadeante.

SUSANA.— ¿Qué haces?

MARIO.— Puede que sea nuestra última oportunidad de ser felices.

Mario se dirige hacia Rosalía, coge una de las almohadas de la cama de Susana.

SUSANA.— ¡Mario!

MARIO.— Debería haber hecho esto hace mucho tiempo.

ROSALÍA.— ¿Dónde vas, poeta? Si quieres asfixiarme, léeme uno de tus poemas. Será cruel, pero más rápido.

SUSANA.— ¡Mario! ¡No!

MARIO.— Diré que se estaba ahogando y fui a ayudarla pero fue demasiado tarde. Además, esto es la seguridad social, nadie sospechará nada.

ROSALÍA.— Sí, acércate, acércate.

Rosalía amenaza a Mario enseñándole los dientes, tratando de morderle, mientras él pone la almohada en la cara de Rosalía, que se sacude. Intenta asfixiarla, aprieta...

MARIO.— Esto por la poesía, hijaputa.

SUSANA.— Mario, no, por favor.

MARIO.— ¡Au!

En pleno forcejeo, Mario quita la mano. La almohada cae.

¡Casi me arranca el dedo!

ROSALÍA.— Y no te lo he arrancado porque seguro que me tocaría donarte uno de los míos, que, si no...

MARIO.— ¡Perra!

ROSALÍA.— Para ser poeta tienes un repertorio de insultos más bien escaso.

SUSANA.— Déjalo ya, Mario, por favor. Ven...

Mario, humillado, se va despacio a su cama y se recuesta en ella.

¿Estás bien, cielo?

Mario no responde, malhumorado.

ROSALÍA.— *(Imita a la niña de "El exorcista")* ¿Has visto lo que ha hecho... la perra de tu amiga?

SUSANA.— ¡Eres...!

ROSALÍA.— ¿Qué?

SUSANA.— *(Piensa)* ¡L... lo peor!

ROSALÍA.— ¡Uh! *(Sarcástica)* Eso me ha dolido.

CUADRO 2

Susana se levanta dolorida, con dificultad, y se dirige hacia la cama de Mario.

ROSALÍA.— Ya que te levantas, podías pedir el desayuno. Una ración de riñones o algo así, que sé que te gusta.

SUSANA.— *(A Rosalía)* Que te jodan.

ROSALÍA.— Gracias.

SUSANA.— *(A Mario)* Cari, ¿te duele?

ROSALÍA.— Huy, "cari", lo que me faltaba.

SUSANA.— ¿Estás bien?

MARIO.— No, no lo estoy, Susana. Esa loca ha intentado matarnos a los dos y sé que volverá a intentarlo.

SUSANA.— Seguro que la encierran.

MARIO.— Alegarán que no había tomado su medicación, que no era dueña de sus actos. No le pasará nada. Y cualquier día la veremos aparecer con un cuchillo entre los dientes. No vamos a ser felices mientras ella viva.

SUSANA.— No digas eso. Nos iremos a otro país.

MARIO.— Eso está muy lejos.

SUSANA.— Pues a Cataluña si se independiza, que está cerquita.

ROSALÍA.— ¡*Escolti*, me comía una *calçotada* yo sola! Tengo un antojo...

MARIO.— Odio mi vida.

SUSANA.— No digas eso, Mario, por favor. Yo te quiero.

MARIO.— No sé...

SUSANA.— ¿Lo dudas?

MARIO.— Ay de aquel que no tenga dudas.

SUSANA.— Joder, pues yo acabo de donarte un riñón sin dudarlo.

MARIO.— Y es un riñón precioso, mi amor, ideal. Pero no necesito solo tu cuerpo, también necesito tu alma.

SUSANA.— Ya la tienes.

MARIO.— Demuéstramelo.

SUSANA.— ¿Cómo?

MARIO.— Acaba con ella.

SUSANA.— ¿Quieres que la...?

MARIO.— Solo así podremos ser felices de una maldita vez.

ROSALÍA.— ¿Qué cuchicheáis, chicos?

SUSANA.— No puedo, Mario.

MARIO.— Hagámoslo juntos. Ella ha intentado matarnos.

SUSANA.— Porque está loca.

MARIO.— ¿Ves como no me quieres tanto como dices?

ROSALÍA.— (*A Susana*) Ahora que me fijo, Susi, te estás poniendo fonda.

SUSANA.— ¡Hagámoslo!

ROSALÍA.— Hacer qué.

Susana ayuda a Mario a levantarse. Cogen una almohada y se dirigen hacia Rosalía, cada uno por un lado de la cama.

Qué detalle. Pero estoy bien así, no necesito otra almohada.

MARIO.— Piensa que no es humana.

ROSALÍA.— Tu novia tampoco, Mario, recuerda que se comió tu riñón crudo.

SUSANA.— Acabemos con esto de una vez.

ROSALÍA.— ¡No lo hagas, Susana, eres mi amiga!

SUSANA.— Eres una puta.

ROSALÍA.— Eso también, pero no lo hagas, te está utilizando. Te manipula como me manipuló a mí. ¡Las mujeres debemos estar unidas!

MARIO.— ¡Los dos a la vez!

ROSALÍA.— ¡Pues adelante! ¡Hacedlo de una vez! ¡Hijos de p...!

MARIO.— ¡Ahora!

Mario y Susana cubren la cara de Rosalía con la almohada tratando de asfixiarla.

ROSALÍA.— Hmpf... Maricón... Hmpf... Ni esto sabes hacer bien...
Hmpffff...

MARIO.— ¡Más fuerte!

ROSALÍA.— *(Canta)* Una fiesta de disfraces, tres de la mañana...
Hmpf...

SUSANA.— ¿Y eso?

MARIO.— ¡No la escuches! ¡Aprieta fuerte!

ROSALÍA.— *(Canta)* ... conversaciones banales, otra mascarada...
Hmpf...

SUSANA.— ¡Está cantando!

MARIO.— Quien canta su mal espanta. Ahora.

ROSALÍA.— *(Canta)* Hablamos, hmpf, pues me confundiste, hmpf,
con otra persona...

ROSALÍA Y SUSANA.— *(Cantan)* ... Bailamos, pues me convenciste al
sacar tu pistolaaaaaa...

*Susana retira la almohada de la cara de Rosalía y cantan juntas,
a dúo:*

Lo sabía, lo sabía, eras mi príncipe azul, mi confidente, mi Adán, mi costilla. Lo sabía, lo sabía, lo sabía...

ROSALÍA.— Que eras tú, Rosalía.

SUSANA.— Que eras tú, Susanita.

ROSALÍA.— Rosalía.

SUSANA.— Susanita.

ROSALÍA.— Es mi canción, no me la robes también.

SUSANA.— ¿Tu canción? Es mía.

ROSALÍA.— Ah, ¿sí? ¿Tú también le conociste en una fiesta de disfraces, tres de la mañana?

SUSANA.— Pues...

ROSALÍA.— Serás mema. Ni siquiera se ha molestado en hacerte una canción a ti. Se ha limitado a cambiar el nombre del estribillo a la mía.

SUSANA.— Mario...

CUADRO 3

Mario se tumba en su cama, decaído.

MARIO.— Dejádme en paz. Las dos.

SUSANA.— Ni siquiera te molestaste en escribir algo solo para mí.

MARIO.— No puedo estar pendiente de ti a cada momento.

SUSANA.— Eres un egoísta.

ROSALÍA.— Te lo dije.

MARIO.— Que me dejéis en paz. Os odio...

Mario se arrebujaba entre las sábanas y Susana se sentía abatida en la cama de Rosalía, que la observa con cierta conmiseración.

ROSALÍA.— Lo siento, Susi. Por mí te puedes quedar la canción.

SUSANA.— (*Llorando*) ¿Es que no hay hombres buenos en el mundo?

ROSALÍA.— Alguno habrá, mujer. Incluso hetero.

SUSANA.— ¿Nos has querido alguna vez, Mario?

Mario no responde.

Tenías razón, Rosalía. Nos ha utilizado, nos ha chupado hasta la última gota de sangre y encima lo ha hecho tan bien que parecía que él era la víctima. ¿Por qué?

ROSALÍA.— Porque no está bien hecho. Y no me refiero a que le falte un riñón. Crecen siendo unos creídos y unos caprichosos incapaces de empatizar y desarrollar una buena inteligencia emocional.

SUSANA.— Joder.

ROSALÍA.— Chica, han sido muchos años entre psiquiatras, qué quieres.

SUSANA.— El caso es que tienes razón. Y nosotras somos unas imbéciles. Nos hemos peleado cuando deberíamos haber estado más unidas que nunca.

Abre las muñequeras que amarran a Rosalía a la cama y la libera.

Eso no volverá a pasar.

ROSALÍA.— Uh... G... gracias.

Susana y Rosalía se abrazan. Se secan las lágrimas mutuamente. Susana se dirige hacia la cama de Mario, que también tiene muñequeras inmovilizadoras, y le ata una muñeca de manera tan rápida que Mario no puede reaccionar.

MARIO.— Eh... ¡Eh! ¿Qué coño haces? ¡Suéltame!

SUSANA.— ¡Ayúdame, Rosalía!

Susana forcejea para que Mario no se suelte. Rosalía le agarra el brazo libre y entre las dos lo atan a la cabecera.

MARIO.— ¡Malditas piradas! ¡Estáis como chotas! ¡Jodidas ignorantes, inútiles de mierda! ¡Zorras desgraciadas! ¡No deberíais tener ni derecho a voto!

SUSANA.— ¿Eso es lo que piensas de nosotras, Mario? Qué triste. Podrías haberlo dicho hace mucho tiempo. Nos habríamos ahorrado mucho dolor.

MARIO.— Lo que pienso de vosotras es lo que pienso de todas, no os creáis tan especiales. Estáis en el mundo para servir al hombre; sois más débiles, sois más irritantes, sois incapaces de hacer las cosas que hacemos nosotros y ¡¡esta puta sociedad hipócrita se empeña en que tengamos todos los mismos derechos y los mismos privilegios!! ¿Por qué? No somos iguales. Vuestra voz es chillona y no cuelgan dos pelotas entre vuestras piernas. No somos iguales. ¿Igualdad? La naturaleza se encargó de demostrar que no éramos iguales. No tenéis nuestra fuerza ni nuestra rapidez ni nuestra capacidad intelectual. ¿Por qué tenemos que asumir que somos iguales? A la mierda. Estáis un peldaño por debajo en la

evolución y sé que esto no es políticamente correcto, pero es así. Nosotros no sangramos una vez al mes quedando inutilizados durante una semana. ¿Iguales? Deberíais estar contentas de tener un hombre al lado en vez de pasaros el día reivindicando la puta igualdad. Feminazis es lo que sois.

Ambas lo observan estupefactas.

ROSALÍA.— Ibas de García Márquez y no eres más que un triste Sánchez Dragó.

Susana llora y Rosalía la consuela.

Ya, cielo, nos engañó a todas, no te culpes.

SUSANA.— ¿Cómo no me di cuenta?

ROSALÍA.— Porque el lobo no se quita la piel de cordero hasta el final de la representación.

SUSANA.— ¿Sabes lo que más me duele?... Que este hijo de puta ya tiene mi riñón para siempre.

ROSALÍA.— Oh... Bueno, eso no tiene por qué ser así...

CUADRO 4

Rosalía se acerca a la puerta de la habitación y la apuntala con una silla encajada en el pomo.

MARIO.— ¿Qué coño haces?

ROSALÍA.— Tranquilo, ser superior, tranquilo.

Se quita un calcetín y se lo mete a la fuerza en la boca a Mario, a pesar de las sacudidas de este por impedirlo.

Así, calladito estás más mono. A ver si te va a dar por soltar lo de las pelotas y la naturaleza y todo eso otra vez y me cabreo de verdad. Ya conoces lo de mi trastorno explosivo interminable. Digo, intermitente.

SUSANA.— ¿Qué vas a hacer?

ROSALÍA.— Vamos a recuperar lo que es nuestro, Susana.

Se dirige a una mesilla y coge una lima metálica de uñas.

¿Es tuya esta lima?

Susana asiente.

¿Y cómo te traes una lima a un hospital? En fin, da igual. Toma.

Rosalía le entrega la lima punzante a Susana.

Vamos a aprovechar que tiene los puntos frescos y vamos a recuperar tu riñón.

SUSANA.— Rosalía, yo... Creo que ya no es necesario...

ROSALÍA.— No es necesario para ti. Y quizás tampoco para mí. Ni siquiera para un experimento teatroculinario llamado *Sashimi de riñón*. Pero tenemos que hacerlo por todas esas mujeres que sufren a estos hijos de puta, que les aguantan desde que nacen hasta que mueren, por todas las que violan, las que humillan, las que explotan, las que machacan en aras de una ideología invisible llamada patriarcado que sale a la superficie en forma de machismo.

SUSANA.— ... Y misoginia.

ROSALÍA.— Eso es, Susanita. Eso que vamos a extirpar no es un riñón, es la metáfora del tumor misógino que crece en el interior de los hombres hasta convertirse en un cáncer que sufrimos las mujeres.

SUSANA.— Qué bonito te ha quedado.

ROSALÍA.— Gracias. Y supermetatextual.

Susana y Rosalía se abrazan, se miran, se sonríen y, al separarse, se dirigen hacia Mario, que se revuelve de forma histérica, con pavor.

(Canta) Una fiesta de disfraces, tres de la mañana...

Rosalía sujeta las piernas de Mario.

(A Susana) Canta conmigo.

ROSALÍA y SUSANA.— *(Cantan)* ... Conversaciones banales, otra mascarada...

Susana se agacha buscando el costado de Mario y comienza a manipular la costura de la piel sobre los riñones.

(Cantan) ... Hablamos, pues me confundiste con otra persona...

Mario se retuerce de dolor, pero Susana opera con tranquilidad.

(Cantan) ... Bailamos, pues me convenciste al sacar tu pistola...

Mario da un chillido que amortigua el calcetín en su boca.

(Cantan) ... Lo sabía, lo sabía, eras mi príncipe azul, mi confidente, mi Adán, mi costilla...

Rosalía sonríe a Susana, animándola.

(Cantan) ... Lo sabía, lo sabía, lo sabía... Que eras tú, Rosalía...

Susana extrae el riñón de Mario y lo levanta en el aire, contemplándolo. Mario se ha desmayado. Rosalía observa el riñón con satisfacción y orgullo.

La escena se oscurece. Telón.

FIN



VÍCTOR ALMAZÁN

Madrid, 1974

Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid (UCM).

Guionista de televisión y cine (finalista del Premio SGAE de Guion “Julio Alejandro” en 2002, finalista de la primera edición del concurso de guiones de largometrajes de comedia “La Traca” en 2017, ganador de premios de guion de largometraje de TVE, y premiado por el Instituto de la Cinematografía y de las Artes Audiovisuales [ICAA]).

Autor teatral –ganador de Certamen Internacional de Textos Teatrales “Juan Luis Galiardo” 2017, finalista del XVI Premio Internacional Sexto Continente, de Monólogo de humor– y novelista (ganador de los XXVII Premios Literarios Jaén en su categoría de Narrativa Juvenil 2011, Premio Hislibris 2011 de relato histórico, Premio Literatura 2013...).

En 2016 publica la novela *El rey bufón*; en 2017 gana el Premio “Julio C. Caba” de literatura infantil con *Pistacho*, y en 2018 publica *La estocada secreta*, novela finalista del Premio Alféizar.

EDICIÓN NO VENAL DE LA FUNDACIÓN SGAE
PARA LA PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE TEXTOS TEATRALES OBJETO DE ESTRENO